



Asimilación, conservación e inmigración

Héctor Luna

Palabras 921



A pesar de no poder transformar las bases históricas de la estructura social –que siguió girando en torno a la agroexportación–, los cambios socioeconómicos de la segunda mitad del siglo XX tuvieron importantes efectos sociales que provocarían la crisis de los años ochenta. En las décadas de los sesenta y setenta se produjo una importante diversificación de la agricultura nacional, estimulada por la demanda del mercado internacional. El país se convirtió en productor y exportador de algodón, azúcar y carne de vacuno en proporciones que alteraron la tenencia de la tierra y las relaciones de trabajo en toda el área de la costa sur.

Esta diversificación económica aumentó la salarización y la migración hacia algunas zonas de atracción, debilitó el colonato y volvió comerciales viejas relaciones sociales. Amplió las posibilidades educativas, lo que hizo que importantes grupos ladinos dejaran de ser una población mayoritariamente campesina, permitiendo una cierta movilidad social y consolidando la clase media en los centros urbanos. A su vez, la población campesina se encontró con una realidad agraria marcada por escasez de tierras que provocó la migración interna.



Para los ladinos, esta movilidad supuso una continuidad del patrón que históricamente habían venido mostrando, pero para los indígenas implicó empezar a poblar áreas fuera de los espacios en que habían quedado circunscritos y crear formas de socialización fuera de sus comunidades de origen.

Los hogares indígenas siguieron dependiendo del trabajo estacional en las fincas de la costa y bocacosta, aunque empezó a verse integrado productivamente en nuevos espacios agrícolas y artesanales. Se abrió la posibilidad para que un sector indígena se lanzase hacia una expansión productiva y comercial, producto de una relativa mutación agrocomercial, de la ampliación de la frontera agrícola, de la demanda de trabajo, del mejoramiento de las producciones, del crecimiento de los mercados, del acceso al crédito y a fertilizantes, resultado de los proyectos de desarrollo comunitario impulsados por la Iglesia católica y evangélica y por el Estado. Así, a lo largo de las décadas de los años 60 y 70 del siglo XX, la sociedad indígena se fue diversificando geográfica, social y económicamente.



Todo este desarrollo es un producto predecible de la inserción en una economía capitalista de una forma en que no se había conocido antes en Guatemala. Los indígenas fueron beneficiados y afectados por estos cambios que también fueron de orden cultural.

El dominio cada vez más extendido del español entre sus miembros estaba rompiendo las barreras que les impedían integrarse a la sociedad. Desde la ideología dominante se suponía que estos cambios implicaban pasos hacia la “asimilación” y la conversión de los indígenas en ciudadanos en la forma esperada: como ladinos. Sin embargo, tal proceso no se dio. El resultado no fue su asimilación al grupo ladino, sino una forma propia de entender la pertenencia a la nación basada en la identidad étnica.

Esto se aprecia en elementos muy variados, como por ejemplo la participación política indígena de estas décadas. El fin de las barreras étnicas en el gobierno municipal otorgó la posibilidad de disputar este espacio de poder a los ladinos locales, y para finales de los setenta, muchas municipalidades ya no se encontraban en sus manos, sino en las de representantes indígenas. La Constitución de 1965 había permitido el voto secreto a los analfabetas, con lo que la participación electoral indígena se vio reforzada. De forma paralela fueron surgiendo organizaciones variadas de clase y étnicas, entre ellas las primeras expresiones políticas “mayas”.



Diversidad y globalización

La transición a la democracia política de Guatemala ha coincidido con las transformaciones económicas asociadas a las políticas neoliberales y a la globalización, incidiendo en las dinámicas sociales que venían de la época previa. Por una parte, han reforzado las tendencias al aumento de la pobreza y el mantenimiento de las profundas desigualdades que desde antes afectaban a la población indígena.

Por la otra, los efectos culturales de la globalización ayudan a que importantes sectores indígenas refuercen cotidianamente su identidad. Por ello y por las mismas tendencias de cambio agudizadas en el nuevo entorno, esa misma identidad se ha diversificado enormemente, tanto entre indígenas como entre quienes no lo son. Quizá la migración

internacional sea el mejor ejemplo de un proceso que involucra cada vez más a guatemaltecos y guatemaltecas, y que tiene profundas implicaciones en la forma de autopercebirse y de representar la realidad social.

Se viven momentos contradictorios en la dialéctica de inclusión y exclusión. La síntesis de este movimiento contradictorio lo produce con fuerza la globalización en sus efectos económicos, por un lado y culturales por el otro; y la tensión de lo neoliberal que deja en manos del orden privado las luchas por la identidad del sujeto y, al mismo tiempo, debilita las bases sociales que pueden alimentar las demandas identitarias.

Se constituye así un nuevo escenario donde pueden resurgir las viejas tendencias racistas, conjugadas con nuevas razones para alimentar la brecha entre una élite, que se han sumado a los beneficios de la globalización, y una mayoría de ladinos e indígenas que apenas pueden sobrevivir en ella.

Pero también, puede ser un espacio de oportunidad para que la reivindicación indígena de sus derechos culturales, económicos, políticos y sociales, ejerza creciente presión sobre los Estados y se avance en su reconfiguración de manera tal que den cabida a la pluralidad política y cultural, a la inclusión económica y social y al desarrollo humano. Esto, no beneficiará únicamente a la población indígena; será de beneficio al conjunto de la sociedad guatemalteca.

Referencias

□ <http://www.url.edu.gt/PortalURL/Archivos/49/Archivos/ca2.pdf>

